

## *Embriagada de noches, te dormiste en el fiordo, aullando, aullando*

Qué decir de vos, Hija de Perra, que no se haya dicho ya. Bien podría trocar hija por hermana, nombrarte así, porque tu diferencia es incisiva como un filo, y nos abarca y escande y hermana a las dos, que nos sabemos perras, hijas de los fiordos, a cada lado restos de carne volcánica. Pero lo de hija a secas: eso es asunto de Rosita, que más que tu madre es loba de la diferencia, nodriza que mece y alimenta a toda clase de *freaks* en las noches santiaguinas. La dejaste un día de pie en el quicio de tu historia, completando tu faena de marquesa punk. Por eso, larga vida a Rosita.

Pensaba ayer, nomás, sobre la cría cultural que tanto Pedro Lemebel como vos desovaron sobre el suelo chileno. Aquí, desde tras los Andes, pensé en preguntártelo, con un jirón de envidia mirando en vivo la revuelta chilena, el arte quilombero de las calles; ha habido de todo y en todo se siente la presencia de ambos. Aquí, te cuento, se apagaron desde hace tiempo los motores de la máquina contracultural, quizá porque fue tan intensa la escena noventista que se lo consumió todo, las ideas disruptivas, la locura empolvada. Hasta los escenarios bastardos, donde campeaba la esquina de las creaciones patas arriba, se devoró el fuego cuando destruyó la disco Cromañón; cientos de cuerpos recién asomados a la poética de la noche y ya asfixiados, en la puerta de un año nuevo, en 2004. Es común decir en Buenos Aires que, desde entonces, nada hay de nuevo, que no hay relevo ahora. La derecha gobierna desde aquellos días mediante el marketing de la diversidad y, no digas, no hay peor violencia que una palmada en el hombro de esos oportunistas que encienden el obelisco con las luces del arcoiris mientras cierran centros culturales en los barrios. En todos los sitios, las mismas palmaditas, las mismas estrategias, las mismas igualadas. Llegaron a alardear de que el sistema educativo no debiera insistir en formar críticos sino convertir estudiantes en krill de trabajo para las entrañas del neoliberalismo.

Imagínate si hubieras caído en la trampa de educar en la igualación y la explotación. He revisitado videos con tus intervenciones en escuelas, universidades. Es cierto que el sexo, en cualquiera de sus variantes y desbordes, ya no asusta a los capos neoliberales. Al menos, mientras no gobiernen con la complicidad de los neopentecostales. Lo que más me ha seducido es tu testimonio de fuego en una sociedad que, desde Argentina, siempre se consideró más pacata y que ya no es así: tanto ha sido el salto cultural que han pegado ustedes, que siento que cuanto más los muros de Santiago son sede de guerras contra los dogmas pinocheteros y las concertaciones a espaldas del pueblo, y cuanto más aquellos niños pierden sus ojos para que despierten del embrujo de la injusticia de una vez, más se encarnan los espectros de Pedro y el tuyo.

Fueron hijos de tiempos distintos. Ayer, justamente, decía a un amigo chileno que, mientras Pedro llegó ya al activismo artístico cargado del humo que cubrió La Moneda, como La Loca del Frente de *Tengo miedo torero*, exigiendo un lugar donde bordar de mariposas la bandera revolucionaria de entonces, a vos te tocó crecer en una época de desencanto neoliberal.

El desencanto, cuando las revoluciones clásicas son impensables, produce en cambio la protesta cuir, la escena antibinaria: por un lado tenemos *La mujer fantástica* -un chiche pequeño burgués de lo diverso sobre alfombra roja- pero por otro, se estira la red donde crece tu herencia contranatura, tu presencia minoritaria bajo los focos de los que se mueven en un alucinado cine clase B. Circulación rizomática en los entresijos del Chile modernizado y premiado. Puros fluidos inasibles cuando se pretende atrapar en estatuilla de bronce y en góndolas la queja transexuada.

Como ya escribí en otra parte, alguien deberá repasar el expediente de tu herencia. Pasar revista a las voces que te sobreviven. Te lo digo de espectro a espectro, mientras quedo recostada como gorda sirena en la olilla de un fiordo, esperando la canoa equisele que me lleve, vaya saberse cuándo, a los cielos de nuestra diferencia.